

Más allá del querer

Daniella

UNA HISTORIA CORTA QUE MOVERÁ TU ALMA

Más allá del querer

Daniella Rada



Capítulo 1

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos. Al final solo era tiempo. Al vivir solo, casi absolutamente solo en un castillo tan inmenso como aquel lo era, lejos de todo y de todos se aprendía a apreciar la belleza del entorno, aquella que como toda belleza por naturaleza radica en la base de la imperfección así como en los ojos que la aprecian. Al menos así es como lo percibía Gavriil. Cosas pequeñas como el llevadero y etéreo vaivén de las flores que adornaban su gigantesco jardín, o el incesante susurro del viento que entraba por los ventanales siempre abiertos de su solitario hogar eran lo que lo animaban. Pero lo que más disfrutaba eran los inefables atardeceres, ese mágico momento del día donde el sol decide que está muy cansado como para seguir iluminando la turbia vida y se va, justo ahí cuando la noche trae a la luna acompañada de sus fieles estrellas, aquellas que parecían besar con su fantástica luz sus sonrosadas y pecosas mejillas sin cansancio alguno, recordándole que nunca se está completamente solo.

A pesar de que el castillo de Gavriil tenía millones de recámaras, salas, bibliotecas, pinturas y demás, amaba pasar su tiempo afuera, en los jardines o la azotea, leyendo y dibujando, más que mirando, observando el horizonte, preguntándose cómo se sentiría visitar la ciudad y ver a más personas, hablar con ellos o incluso encontrarla a ella. Así es como él le llamaba porque aún no sabía quién era, pero sabía que allí estaba, esperando para amarlo a él tanto como él tenía planeado amarla a ella.

A pesar de que había estado solo toda su vida, tenía esta obsesión con querer a alguien. Por más redundante que sonase, quería querer. Este es un sentimiento que va más allá de lo que muchos entienden y pocos creen saber, porque al estar enamorado del amor, el hecho de querer acapara más de la mitad del vivir. Si tan solo pudiera salir de castillo al menos una vez, cruzar los confines de sus jardines, si tan solo pudiera salir a buscarla, si tan solo... Si tan solo sus padres no hubieran hecho enojar a esa maldita hechicera no hubiera sido injustamente condenado a pasar el resto de sus días atrapado en el castillo, en una perenne soledad que lo asfixiaba, que lo carcomía lenta y tortuosamente.

Al estar pintando en uno de sus grandes y blancos lienzos, Gavriil se percató de que faltaba un poco menos de una hora para el atardecer que tanto añoraba ver diariamente, así que tomó cuidadosamente su lienzo y sus pinturas junto con el resto de sus implementos y con mucho cuidado y paciencia subió todo a la azotea para seguir pintando. Honestamente, él no era consciente de lo que estaba plasmando en el terso lienzo, era todo y nada a la vez, más allá de lo banal, de lo común y posiblemente de lo real. Pero de eso trata el arte, ¿no? De plasmar sentimientos generados por realidades, por circunstancias, no de las dos últimas en sí. Se dio cuenta de que un cariño indescriptible lo abordó de repente, unas ganas

de abrazar a alguien azotaban su alma, su corazón gritándole a la soledad que lo dejara respirar, que lo dejara soñar al menos una vez sin temor a despertar y darse cuenta de que la pesadilla más grande es aquella que estaba viviendo. Así que temerosamente dirigió sus profundos ojos negros hacia el cielo que estaba pintado de más colores de los que se pueden siquiera imaginar, un intenso rosa tan suave como los labios de una dama sonriendo y violetas como el reflejo de una amatista iluminada incesantemente por la luz de la luna tan fría como el invierno, adornados con un azul más profundo que aquel que gobierna un lago en primavera, y un naranja tan intenso como la miel de las inquietas abejas cuando está recién hecha.

—Te amo—dijo Gavriil, hablando sin pensar al menos—. No sé quién eres, ni cómo te llamas, ni de dónde eres ni qué te sucede, sin embargo, sé que te amo. Hemos nacido para que el destino nos reúna, solo debemos esperar a las circunstancias correctas—susurró Gavriil hacia el cielo, como un hechizo—. Te amo tanto que la palabra amar se siente avergonzada al no poder describir el fervor de mis sentimientos, juntos crearemos una nueva palabra para expresar concretamente nuestro querer sin fronteras, tan inocente y auténtico que ha de ser envidiado por todos aquellos que tristemente no saben querer—dijo riendo un poco por lo extraño que debía verse en este momento y sintiéndose verdaderamente aliviado al decir todo esto en voz alta—, pobres, no saben de lo que se pierden, doy gracias a la vida entera porque aunque me siento solo, no lo estoy, te tengo a ti, quizá no en un plano inmediatamente físico pero, en mi alma nuestro cariño siempre residirá.

Cuando terminó de recitar su profunda y liberadora perorata, el cielo ya se había tornado completamente oscuro, las estrellas y la luna se habían hecho presentes una vez más, y la oscuridad del cielo lo consumió hasta caer rendido en el suelo justo al lado de ese lienzo ya no blanco enteramente que al día siguiente testigo sería de lo improbable mas necesariamente real.

El sol comenzaba a salir con pereza, los pájaros comenzaban a volar y las flores se despertaban. Gavriil abrió sus ojos lentamente, imperturbable ante la escasez de ruido a la que con el tiempo se había acostumbrado. Se levantó hasta quedar sentado en el duro suelo en el que dormido había caído la noche anterior. Miró al cielo viendo los restos de un lindo amanecer y estirándose decidió proceder a arreglarse.

Luego de cumplir con sus necesidades básicas fue a la cocina a buscar algo de comer. Si algo agradecía es que el hechizo de esa infeliz anciana que ya muerta estaba, se encargaba de alguna forma de que la comida y el agua nunca escasearan.

Tomó un par de rebanadas de pan con una tasa de leche y se dirigió a la entrada del castillo, como ya había mencionado, amaba permanecer fuera

del este. Estaba comiendo su desayuno con paciencia cuando su mirada perdida hacia donde él asumía que quedaba la aldea con una silueta se cruzó. Pestañeó varias veces incrédulo, esto no podía estar sucediendo. Era imposible, inimaginable, no había forma. Era una mujer, por lo que sus ojos percibían era joven y se estaba acercando. Dejó caer sus rebanadas de pan, que aterrizaron justo a un lado de la tasa de leche. Llevó sus manos a sus rosados labios que estaban abiertos de par en par formando una expresión de notorio y quizás excesivo asombro. El viento levantaba el castaño cabello de la mujer hacia todos los lados, y su vestido ondeaba a la par, creando una escena casi perfecta. ¿Quién era esta mujer? ¿Por qué estaba ahí? ¿De dónde venía? ¿Se habría perdido? ¿Se dirigía al castillo o solo pasaba por ahí? ¿Por qué estaba a pie, no debería venir en caballo? Millones de interrogantes aturdíán a Gavriil, imaginando toda clase de situaciones y variables, estaba enloqueciendo y la chica ya estaba a menos de cincuenta metros de él, ¿Qué podía hacer ahora? Nunca había hablado con nadie desde que la hechicera lo confinó a la soledad del castillo, que fue cuando tenía al menos cuatro años. Pasaron solo algunos segundos para que la joven llegara a estar frente a él, cara a cara, en silencio, solo acompañados por el siseo de su blanco vestido al ondear al compás del viento. Gavriil sintió algo. La observó y se quedó sin aliento al instante, era hermosa. Su cabello castaño llegaba hasta sus caderas, su piel tersa, como la canela, pero más suave y perfecta, su rostro adornado por unos expresivos, grandes y en definitiva dulces ojos verdes, tan brillantes como las esmeraldas, pero tan cálidos como podía ser una fogata en una fría noche de invierno. Unas suaves pecas adornando sus sonrosadas mejillas y sus delgados y rojizos labios entreabiertos, demostrando el cansancio generado por el esfuerzo que había supuesto la larga y ardua caminata.

Fue ahí, justo ahí cuando Gavriil se enamoró. Supo al instante que esta chica era "ella", aquella mujer con la que él tanto había soñado, que tanto había esperado. Quería llorar, quería gritar, abrazarla, besarla y nunca dejarla ir, decirle que la amaba con locura, sin embargo, estaba ahí, congelado, mirándola como idiota sin poder pronunciar ni un "hola". No sabía cómo era posible, nunca la había visto, no sabía ni siquiera algo tan básico y elemental como su nombre, lo único que sabía es que era real, estaba pasando, él la amaba. Este momento estaba escrito, eran las circunstancias que el destino había preparado para él, para que finalmente pudiera tener la oportunidad de pensar en un "nosotros" y se olvidara del clásico e insípido "yo".

Después de pasar algunos segundos en silencio, la bellísima chica habló.

—Por favor, ayúdame—dijo rompiendo a llorar desconsoladamente agachado su verde mirada. Gavriil no sabía qué hacer, así que titubeante la abrazó y ella tímidamente le correspondió.

—Pero... ¿Qué es lo que te sucede? —preguntó Gavriil en voz apenas audible.

La muchacha no fue capaz de contestar ya que estaba muy ocupada hipando debido a su inconsolable llanto. Pasaron algunos minutos, o quizás horas, Gavriil nunca tuvo certeza de ello, supuso que es por esto que dicen que el tiempo es relativo, todo este tiempo se mantuvo abrazando a su querida, sin importarle nada.

Cuando ella finalmente pudo calmarse, respondió a el interrogante antes pronunciado por Gavriil.

—Yo... Sé que esto sonará descabellado, pero te ruego ¡No! ¡Te lo imploro! Te imploro que por favor me permitas residir por algunos meses tu posada—dijo la chica notoriamente apenada por tal petición. Cuando Gavriil escuchó esto casi salta de la euforia, ¡Sus oídos debían estar engañándolo! ¡Claro que podía quedarse! Unos meses si quería, unos años si la situación lo requería, ¡Toda la vida si se podía!

—Claro que sí, señorita, los meses que sean necesarios—dijo Gavriil sonriendo abierta y sinceramente.

—Te lo agradezco infinitamente, de verdad que sí—dijo la chica—. ¡Ah, es cierto!, mi nombre es Amanda, es un gusto—dijo Amanda ofreciendo su mano tímidamente con una media sonrisa igual de tierna que sus naturalmente amanerados ademanes.

Gavriil casi se desmaya ante tal nivel de lindura en toda su expresión, quizá se estaba apresurando, pero honestamente le daba igual. Había estado solo toda su vida, soñando con este momento.

—Mi nombre es Gavriil—dijo él apretando suavemente la pequeña mano de Amanda—, también ha de ser un placer conocerte, Amanda. ¿Te parece si entramos?

Amanda asintió y juntos entraron al principal de los salones del castillo, Gavriil tomó asiento en el más grande de los sofás y Amanda se sentó en uno más pequeño que estaba en frente del de Gavriil, separados por varios pares de metros y una mesita de madera bastante rústica pero elegante, con algunos libros de cubiertas lúgubres y maltratadas de gastado cuero. Bajo los descalzos pies de Amanda se encontraba el piso de suave alfombrado, cuyos diseños eran lo suficientemente antiguos como para no tener forma congruente. Las paredes eran de un blanco que se había puesto amarillento con el pasar de los años. Al lado derecho de Amanda había un cuadro gigante que ocupaba más de la mitad de la pared (que tenía un tamaño exagerado tanto de alto como de ancho) de un hombre elegante, parecía un noble, de azul traje, larga pipa y amenazadores ojos, que se encontraba en un espacio abierto, como un

jardín de varios árboles. Detrás de Amanda había un gran ventanal que dejaba ver los jardines traseros del castillo, a su lado izquierdo se encontraba una puerta también de exageradas proporciones y al frente de ella, o sea justo a la espalda de Gavriil, no había pared, se veían partes de otras habitaciones de la casa por las que habían pasado minutos antes para llegar hasta allí.

Gavriil estaba muy nervioso además de emocionado, no sabía qué hacer o decir a continuación, pero era más que obvio que no podían solo sentarse a mirarse las caras, él debía dar el primer paso, debía decir algo, cualquier cosa. Amanda estaba distraída detallando la habitación, así que carraspeó para llamar su atención.

—Muy bien, Amanda—comenzó a decir Gavriil—, espero y entiendas que me veo obligado a preguntarte a qué se debe el placer de que te encuentres aquí y también a tu llanto de hace unos minutos atrás—espetó Gavriil con calma y la mejor sonrisa que pudo poner. Vaya que estaba nervioso.

Amanda cambió su expresión de notoria curiosidad a una de ansiedad instantáneamente.

—Necesito que me creas—dijo Amanda con voz desesperada—, por favor, Gavriil.

Gavriil solo pudo pensar lo hermoso que sonaba su nombre cuando su meliflua voz lo pronunciaba. Claro que le creería, sin importas qué tan descabelladas sean sus palabras.

Gavriil asintió sonriéndole en señal de que todo estaba bien.

Amanda suspiró no del todo aliviada, pero ciertamente menos tensa de lo que estaba algunos segundos atrás, luego procedió a contarle a Gavriil cómo había encontrado a su padre, el abogado más rico de toda la aldea, muerto en su habitación y luego había sido inculpada injustamente por su madrastra, quien seguramente había sido la persona que mató a su padre para quedarse con la herencia. Había sido llevada al tribunal y la declararon culpable, la sentencia era la horca, estaba muy asustada y no quería morir injustamente así que el mismo día de la ceremonia había logrado escapar gracias a un amigo de su padre que era policía y casualmente estaba encargado de cuidar a Amanda. Luego de caminar por incontables horas llegó a el castillo de Gavriil, que estaba tan, pero tan alejado de la aldea que nadie además de Amanda y obviamente Gavriil sabían de su existencia. Esa era la parte importante de la historia de Amanda y la única que ella le contó a Gavriil.

Amanda no tenía más ropa aparte del vestido que llevaba puesto, así que Gavriil la guió a una habitación cuyo guardarropa estaba lleno de vestidos

de todos los colores y tamaños que se pueden imaginar. Gavriil siempre se preguntó por qué tenía una habitación con decorado tan femenino y vestidos, al recorrer el castillo en toda su extensión concluyó que una familia de nobles había vivido ahí antes que él, pues había encontrado retratos y diarios entre otras cosas de aquella familia. Gavriil le dijo a Amanda que esa sería su habitación hasta que se fuera. Y fue así como el primer día de lo que Gavriil esperaba y anhelaba que fuese el resto de sus vidas comenzó.

Los días que pasaban se fueron convirtiendo en semanas, luego en meses y finalmente en años y Amanda seguía habitando el castillo junto a Gavriil, quien estaba más que feliz de que Amanda se quedara. En un principio, Amanda había vuelto a la aldea con la intención de quedarse una vez pasados ocho meses exactamente, pensando que el asunto de su padre ya había quedado atrás, pero no era así. Ella llevaba un abrigo que ocultaba su rostro en un capucha, Gavriil se lo había obsequiado, pero ni bien entró a su aldea, encontró carteles de su rostro con la inscripción de "se busca" y una recompensa de millones a cambio de su cabeza. Así que volvió al castillo sin más.

Cuando Gavriil la vio entrar por las puertas de madera sintió un alivio inigualable, pues apenas Amanda dejó el castillo horas antes él había quedado destrozado. Amanda y Gavriil acordaron que la primera se quedaría a vivir con Gavriil y con suerte algún día, pasado el suficiente tiempo, podría volver a su aldea.

Con el pasar de los años, Amanda y Gavriil pasaron por mucho juntos, como aquella vez donde Amanda se extravió por horas al estar explorando y cuando Gavriil finalmente la encontró, Amanda no se despegó de su lado como por dos semanas, o aquellas tardes que se internaban en cualquiera de las múltiples bibliotecas jugando a ver quién declamaba con más pasión los poemas de la dinastía Tang, Dante Alighieri, Petrarca y muchos más autores icónicos.

Cada día que pasaba, el amor de Gavriil hacia Amanda aumentaba inimaginablemente.

Habían pasado dos años desde que Amanda había llegado al castillo cuando Gavriil decidió llevar a Amanda a uno de los lugares más hermosos que tenía el castillo, era el laberinto que se encontraba en el jardín trasero, no se veía desde el interior del castillo porque los árboles a su alrededor eran tantos que lo camuflaban a la perfección. Los grandísimos arbustos que se levantaban hacia lo alto para simular paredes estaban llenos de rosas con espinas bastante afiladas, sin embargo, era sencillamente divino. Ese fue uno de los días favoritos de Gavriil, recordaba perfectamente el vestido azul turquesa cuya falda caía hasta el suelo desde sus suaves caderas. Esa tarde ambos recorrieron el laberinto juntos, sin apurarse por llegar al final o quizás al comienzo, solo corrieron

tomados de la mano, riendo y tonteando, pues en un lugar donde no existe el tiempo no hay más opción que vivir el momento. Fue aquella vez, cuando estaban en el gran salón, pusieron el tocadiscos a sonar al ritmo de Chopin y bailaron y bailaron y siguieron bailando; En ese momento, al ver su relajada sonrisa iluminando sus verdes ojos, al sentir el olor de su cabello inundar cada fibra de su ser cuando bailaban el vals, uno tan cerca del otro, su dulce voz al tararear en voz baja la notas de la canción, supo que tenía que decirle a Amanda, tenía que decirle que la amaba con locura, más allá de lo que la lógica podía explicar y las palabras expresar, que la amaba sin saber ni cómo, ni cuándo, ni dónde, ni mucho menos por qué. Ignoraba cualquier tipo de circunstancia siempre y cuando ella hiciera parte del contexto.

Así que eso dijo, le dijo que la amaba. Lo recordaba muy bien. Habían pasado cinco años desde la llegada de Amanda. Era de noche y estaban viendo las estrellas, estaban acostados y Amanda estaba acurrucada en los brazos de Gavriil. El silencio era tan calmo que ninguno de los dos quería perturbarlo.

—Eh...Amanda—dijo Gavriil dudoso—hay algo que quiero decirte.

Amanda se sentó y miró a Gavriil expectante.

—De acuerdo—dijo Amanda—, ¿Qué sucede?

Gavriil tragó en seco, ¿Y ahora? ¿Qué le iba a decir a Amanda? ¡Qué frustrante!

—Lo que pasa es que...—Gavriil tomó aire—Amanda... Yo...Yo estoy enamorado de ti. Me gustas... No, no me gustas, me encantas. Desde el primer momento en que te vi lo supe, incluso desde antes. Te amo, te amo demasiado, más de lo que nunca he podido, ni puedo ni podré expresar. Eres una mujer bellísima, tanto por dentro como por fuera, siempre ves lo mejor de todo y de todos. Eres graciosa, inteligente, y perfectamente imperfecta. Dios... ¡No sé qué decirte! No tengo mucho para darte, solo mi amor intenso y eterno, junto con un solitario castillo de exóticos jardines y viles secretos en el que estaré siempre para ti, queriéndote tanto como se pueda querer. —Concluyó Gavriil, haciendo todo lo posible por mantener su verde mirada, detallando cada rincón de su rostro, amando cada peca que adornaba sus mejillas, reparando especialmente en los rosados y delgados labios que estaban entreabiertos, mostrando sorpresa por tal revelación. La luz de las estrellas y la luna (que era llena) resaltaban sus castaños cabellos, dándoles el toque angelical más perfecto del mundo.

Amanda plantó en su rostro una media sonrisa.

—¿Tienes alguna idea de cuánto dura la eternidad? —Preguntó ella suavemente. Gavriil se sorprendió con la pregunta, esa no era la respuesta que esperaba a su declaración.

—Pues...—comenzó a decir él—Un largo, largo tiempo. Mejor dicho, para siempre— Amanda rio con un frío aire indecoroso.

—“¿Y cuánto tiempo es para siempre? — Preguntó Amanda. Gavriil no supo responderle, así que Amanda continuó— A veces, solo un segundo” Esto lo dijo Lewis Carroll, y ¿Sabes? Tiene razón. Honestamente Gavriil, yo también te amo, te amo de una forma inusual y muy impresionante. Pero, por favor, no me hagas esto. Algún día me voy a ir, y si me amas tanto como dices cuando me vaya vas a quedar destrozado. Te quiero tanto, que no puedo permitir que sufras por mí. Te amo tanto que por tu propio bien, no puedo dejar que esto suceda.

El corazón de Gavriil se quebrantó un poco.

—En ese caso, no te vayas. Quédate aquí, conmigo, vivamos juntos.

—No puedo Gavriil, tengo mi propia vida, en mi aldea. Hay cosas que aún tengo que hacer.

—En ese caso...—Gavriil no sabía qué decir, qué hacer o qué pensar siquiera— Mientras estés aquí, por favor, sé mi novia, compañera, pareja o como le quieras llamar. Si tú me quieres y yo a ti, vivamos este momento, donde tú aún estás aquí, cuando tú y yo somos jóvenes, donde la realidad se ve tan, pero tan lejana que apenas y existe. Seamos felices, te lo pido.

Amando lo pensó detenidamente. Miró al cielo, sonrió y abrazó a Gavriil con euforia.

—¡Hagámoslo! —Dijo y luego junto sus labios, sintiendo electricidad recorrer todo su cuerpo. Ambos habían alcanzado la utopía que tanto deseaban, eran genuinamente felices. Aun siendo conscientes de que el final no iba a ser bonito, accedieron a crear su propia eternidad lastimosamente finita, su propio “para siempre” cuyos días quizás se podrían contar con los dedos.

Pasaron muchos, muchos años. Años que ninguno de los dos se molestó en contar, años en los que se sumergieron en lo que sería el momento (o el conjunto de ellos) más feliz de sus vidas.

Todo era perfecto, no, más que perfecto, era fantástico, inefable, inexplicable. Eran felices. Hasta que un día, sin previo aviso ni despedida, Amanda se fue. Era temprano por la mañana cuando Gavriil se despertó y no encontró a Amanda a su lado, pensó que estaba en la cocina, pero su

sorpresa fue genuina cuando no la encontró haciendo café o sirviendo leche para ambos. Entonces lo recordó, recordó la advertencia años antes impuesta y su corazón se rompió. Se negaba a aceptarlo, recorrió todo el castillo, los jardines, todo. No hubo habitación que no revisó. Finalmente entendió que estaba pasando. Amanda de verdad se había ido, y ni siquiera había sido capaz de despedirse de él, ni si quiera le había dicho que se iba justo ese día. El día anterior todo había sido tan natural que él no sospechó nada. Y lo peor de todo es que no mucho cambió, el tiempo siguió corriendo, el sol saliendo y Gavriil viviendo.

Los años siguieron pasando y Gavriil nunca tuvo señal alguna de Amanda, es como si hubiera dejado de existir. Con el pasar del tiempo, la aldea se extendió más y más hasta que el castillo de Gavriil con sus estrafalarios jardines se volvieron parte ella. Tenía algunos vecinos campesinos y por las tardes solía darles clases a los niños de dibujo o de piano. Cuando se miraba al espejo veía su cabello ya no negro por completo, sino con algunas canas, y su rostro ojeroso traicionado por los años. Aún no podía salir del castillo, sería literalmente suicidio. Seguía pensando en Amanda cada día, deseando que estuviera junto a él. Ya había preguntado a los vecinos si la conocían y decían que la última vez que la habían visto fue cuando se escapó de la ceremonia de su muerte.

Pero al final, cuando pensaba en ella ya no lo hacía solo con tristeza, sino que era feliz porque logró conocer al amor de su vida, a aquella mujer que aún ausente iluminaba su vida. Dando gracias a la vida porque aquella revelación al cielo fue escuchada y Amanda lo acompañó por lo que le gustaba entender como su propia eternidad. Y un día, sin aviso ni despedida, Gavriil no se despertó. A algún otro lugar llegó a parar. Quién sabe dónde estará, yo solo espero que con su amada se haya podido reencontrar.